

## Idazlan guztiak Obras completas

Aitzol, Aristimuño José

6 volúmenes. Donostia. Editorial Erein, 1988, con una *Introducción: Biografía y rasgos mayores de su obra*, de Ugalde, M. de, Goñi Galarraga, J.M., Rodríguez de Coro, F. y Larrañaga, I., 333 págs.

Biografía  
y rasgos mayores de su obra  
Biografia eta bere ekintzaren  
alderdi nagusienak

“Queremos —subraya el diputado general de Guipúzcoa Imanol Murua, patrocinador de las —*Obras Completas*— hacer justicia y rendir un tributo de agradecimiento al sacerdote y al hombre de cultura que desplegó su esfuerzo en defensa de la libertad del hombre en todas sus dimensiones, entre ellas del Euskara y sus expresiones habladas y literarias, y que acabó pagando con el mayor de los precios: su propia vida” (pág. 6).

Trazar divisiones en el pensamiento de un autor tal vez resul-

te demasiado tajante, quizás partidista, pero yo me temo que posiblemente sea sustancialmente la única forma de llegar a él. La comisión que promovió sus *“Obras Completas”*, al ofrecerme uno de los trabajos introductorios, me puso en contacto con sus escritos. En seguida observé que *Aitzol* era un ser distinto ante la vida, la circunstancia, los demás, ante sí mismo.

Se dice que en las novelas de Graham Greene destacan tres tipos de personajes, porque para él no sólo hay tres posturas “ante este mundo visible, monstruoso y omnipotente”. La de aquellos que se “acomodan” a él (es el género más abundante, teniendo garantías entonces de llegar a hacer una carrera bastante “honorable”), la de los que se “apean” de él y actúan como si no existiese (se suelen entonces fabricar un mundo imaginario, llegando a convencerse de que precisamente ese mundo inventado es el verdaderamente real) y, en fin, la de los que entran en lucha abierta con él (y para entonces hay que aceptar la ya fatal solución de ese combate). *Aitzol* sería de estos últimos, de aquellos que pondrían muchos interrogantes a todas las bandejas en las que se le servía el misterio de su vocación: primero de sacerdote y después como lingüista del vascuence y estu-dioso de Euskal Herria.

Hablando ya hace años don José Miguel de Barandiarán con el excelente periodista Martín de Ugalde le decía: “Hubo personas de buena fe que me dijeron: ‘Mira, José Miguel, no tomes como materia de investigación el Pueblo Vasco, porque te van a complicar las cosas, ¿por qué no dedicas tus trabajos a cualquier otra parte de España?’... y tenían razón, ‘porque me acu-

saron de meterme en política y de tener tendencias judeo-masónicas’” (Cf. *Hablando con los vascos*. Barcelona, Ariel, 1974, pág. 20-21). Por lo que se refiere a nuestro José de Aristimuño, *Aitzol*, no tardaría en aprender que su vocación sería un calvario. Martín de Ugalde en 105 páginas nos ha apresado toda esa magnífica y dolorida trayectoria.

Si a veces al inquieto *Aitzol* se le escapaba el alma hacia la tentación política, supo tirarse de las bridas de su alma y volver incansablemente hacia esa tarea única y exclusiva de su misionerismo de la solidaridad: cultural, social, religiosa, lingüística, histórica, sindical, política: *Aitzol* buscaba, buscaba siempre. Posiblemente sabía que se moriría sin haber terminado de encontrarse. Pero seguía buscando el norte, la brújula propia y la de Euskal Herria. Nunca se debe preguntar “para qué” sirve el amor. Creía tanto en él que nunca jamás le preocupaba conocer su eficacia. Los cursos de verano de “*Euskaltzaleak*”, los días de la poesía vasca, el teatro lírico vasco, el bertsoarismo, lo social, lo misional, lo lingüístico como “agencia —observa Elorza— de una mentalidad colectiva”... Todo le vienen a definir como el impulsor del renacimiento cultural vasco durante la II República española, jamás midió ni miró, ni se avergonzó de las lágrimas que sus querencias le estaban costando ya desde su temprana estancia en el seminario de Comillas. Pero quizás sólo así su corazón euskaldún pudo crecer y crecer sin medida, pese a su innecesario —¿innecesario?— fusilamiento el 17 de octubre de 1937. Precisamente cuando más vivo estaba. Tan vivo y tan a salvo por la región de los bajos

Pirineos, en Belloc, que, sin detenerse a pensarlo dos veces, se embarcó en el "Galerna" para volver a Bilbao, ya aturcido por la sombra atacante de la guerra civil.

Al volumen I, encabezado por el exquisito trabajo de Martín de Ugalde y continuado por otros cuatro, de los que nos ocuparemos después, sigue un volumen II, que recoge: "La democracia en Euzkadi" y "Lucha de idiomas en Euzkadi y en Europa", los dos únicos libros propiamente dichos que Aitzol escribió, aunque tuviera otros en el telar en 1936. El III volumen de título euskérico: "Literatura inguruan. Hitzurreak eta Artikuluak" recoge trabajos escritos en euskera y castellano —11 en euskera y 6 en castellano—, relacionados con la crítica e historia de la literatura vasca. Aunque Aitzol escribió muy poco en euskera, sin embargo la comisión coordinadora del trabajo, ha querido dar un relieve especial a este apartado "como homenaje a quien fue impulsor y alentador de los mejores escritores euskéricos de su generación" (p. 13, Vol. I). El volumen IV ofrece la obra de Aitzol totalmente desconocida de su primera etapa de propagandista misional, compuesta por 52 artículos, más una ponencia de un Congreso, bajo el título: "Impulsor de la organización misional/Elizbarutiko Mixio-erakundearen eragile".

A los primeros cuatro volúmenes, correspondientes con el afán de ser fiel a sí mismo, jamás obsesionado por el éxito, siguen el volumen V y VI, donde Aitzol se hace más original, engendra pensamientos que podemos ya reconocer como suyos. Gracias a ellos el mundo cultural vasco podía ponerse a rodar. Son los artículos periodísticos publicados

por él en los diarios "Euzkadi" y "El Día". La memoria cultural vasca ya los ha asumido como descansillos de su vivir cultural común, como hitos de toda una teoría sobre una Euskal Herria pensada y los ha convertido en redención vasca, en comunión con una historia y una interpretación histórica que puede convertirse en una palanca para levantar la cultura y la patria vasca. Así pues, el vol. V aparece con el título de "Impulsor del renacimiento cultural vasco y social cristiano/Euskal Kultura pizkundearen eta Kristau gizartegintzaren eragile", abarcando 237 artículos, correspondientes a 1930-1933, ambos inclusive. Por su parte, el vol. VI, a su vez, prosigue con la publicación, por orden cronológico, de los artículos de periódico correspondientes al año 1934, hasta el 18 de Julio de 1936 y que suman un total de 207.

Consciente el equipo de trabajo de esta edición, integrado por Eugenio Arregui, Xabier Azurmendi, Joseba Goñi, José María Otamendi y Martín de Ugalde, de las variadas omisiones, correcciones y añadidos, que merecería precisar, lo han realizado con toda puntualidad en la presentación (pág. 13-16). Hay que destacar, sobre todo, el incómodo pesar por las omisiones. Se trata de unos papeles manuscritos de Aitzol, manejados por el excelente historiador Antonio de Elorza, en 1970, en el Archivo de la Diputación Provincial de Guipúzcoa en San Sebastián y que la diligente búsqueda de su personal de técnicos y expertos no ha logrado encontrar. Se sabe, sin embargo, el título de estos temas manuscritos, gracias a Elorza, A.: *Las ideologías del nacionalismo vasco*. San Sebastián, 1978, pág. 273, nota 296 y

págs. 310-11 y a Labayen, A.: *A la imperecedera memoria de Aitzol*, en "Eusko Deya", n.º 4 t 5, 10 y 13 y 13-XII-1936, reeditado de nuevo bajo forma de libro (San Sebastián, 1979), vol. I. Así pues, los títulos de esos manuscritos, no encontrados, son como siguen:

— *La poesía popular en el renacimiento de los pueblos*, obra que ya en 1936 estaba preparada para la imprenta.

— Una historia de las instituciones parlamentarias de Euskal Herria continental y cuyas primicias ya habían aparecido en el diario "Euzkadi".

— *El pensamiento de Sabino Arana*.

— Un bosquejo de obra teatral: "Malentxo. Konzejupe'ko alaba".

Consumada la descripción de la simple morfología de los seis volúmenes, conviene volver a la consideración del volumen introductorio, que nos aporta después de su biografía, los filones especiales de su vida y de su obra. Aunque, a la fuerza tengan que ser reduccionistas, intentan, sin embargo, apresar toda la verdad de Aitzol: esa verdad que él iba engendrando cuidadosamente, casi con miedo de malgabarla, pero ofreciéndosela a los demás, fragmentada, desde "Euzkadi" y "El Día". Su verdad fue tierna, infantil, hasta desvalida (se quedó incompleta). Pero, al compartirla, desde esas y otras tribunas, crecía, dejando ya de ser suya, para ser de todos, dispuesta para que otros la reengendren, multiplicándola. (Nosotros mismos tenemos en el telar nuestra propia elaboración de su pensamiento).

Después de una completísima cronología, llevada a cabo por Joseba Goñi y cuatro direccio-

nes: la vida de *Aitzol*, el País Vasco: política y cultura, la vida de la Iglesia y España: acontecimientos, el mismo historiador introduce el capítulo: "*Impulsor de la organización misional diocesana (1922-1929)*". Al perfilar este trabajo Goñi pretendió "establecer... una especie de línea divisoria que distinguiera dos fases claramente diferenciables: la primera la de los primeros años, dedicada fundamentalmente a la implantación de las Comisiones Parroquiales pro Misiones a lo largo y ancho de la Diócesis, muy circunscrita y localista en su proyección; la segunda, desarrollada a partir de sus preocupaciones en favor de los seminaristas, de la juventud estudiantil católica y del rango científico de las Misiones, que, tras varios viajes por Europa, lo proyectan al primer plano de la palestra misional española como uno de sus dirigentes más a punto y en boga" (p. 191). A renglón seguido, Goñi añade que "lo suyo, lo sentido como verdaderamente propio, era lo primero; que lo segundo fue un desplazamiento en virtud de su celo y temperamento inquietos".

Pero *Aitzol* fue un auténtico Colón del espíritu vasco y por eso al creer en el alma vasca, le dedicó muchos y muy buenos trabajos a la historia de sus misioneros. Goñi los reelabora con método, síntesis y galanura de estilo en un apartado titulado: "*El pueblo vasco: pueblo misionero*". Ambos aquí recorren las cortinas de la historia para poder observar toda la vertiente universal del alma vasca: el bayonés Lavigerie, Xabier, Juan de Azpilicueta y Jerónimo de Ezpeleta, "los Uriarte, Zárate, Bazterrica, Durango, Borroeta, Zenitaba, Zabala, Echeverría, Arrieta, Lezcano"... Nada, pues, de endo-

gamias en el espíritu patriótico de *Aitzol*, ni mucho menos en el de sus biografiados. Ellos y él pudieron llegar a la muerte con el corazón hecho cicatrices, pero lo que *Aitzol* parece decir en sus escritos es que lo verdaderamente horrible era morir habiendo estado antes muchos años muerto.

Asimismo, como a mí me parecía maravillosa la esperanza que *Aitzol* ponía en la patria vasca, decidí dedicarle mi estudio, todavía en plan de maniobras, a su espíritu nacionalista, bajo el título de: "*Aitzol. Un horizonte nacionalista vasco*". La fuerza que tiraba de él hacia el futuro vasco le multiplicaba toda la intensidad de su presente, que yo mismo sintetice en unas cortas conclusiones que a continuación traslado:

1. De nuestra introducción a los textos nacionalistas vascos de *Aitzol*, se desprende un profundo entronque a la historia con sus posibilidades y características del "hecho diferencial vasco", como trasfondo y punto de partida para la creación de un *Estado Vasco*. Por fijarlo con una imagen echaríamos mano de la del árbol, que crece y se desarrolla hasta hacerse recio, corpulento, alto, para asomarse a la fronda, contemplarla y sentirse *solidario* con ella. Luego la vocación, el destino nacionalista, para *Aitzol*, se termina, al parecer, el día que la nación vasca —crecida, desarrollada, formada— alcance su corpulencia en un Estado propio, para después poder solidarizarse con dignidad, con el resto de los demás Estados.

2. De nuestra reflexión se recaba, y en los artículos de *Aitzol* se ofrece con bastante claridad, el concepto preciso de nacionalismo vasco. No se trata de separaciones endogámicas, no. Se tra-

ta de recuperar "*lo propio*", tantas veces invadido (cultura, lengua, instituciones, costumbres...), para, una vez cimentado y unido, asomarse con dignidad a otros cielos y a otros suelos, pero en igualdad de oportunidades.

3. Al asa de esta conclusión y para concretarla, *Aitzol* subraya todos los aspectos que pueden auar esta elección y hacerla más viable. Como los *signos* significan hay que darles todo su valor, sean convencionales o naturales. Por ello se debe promocionar la lengua, la etnia, la religión propias, sin desperdiciar para ello todos los medios al alcance: las escuelas, los periódicos, las fiestas patronales, el teatro, las danzas, los deportes —propios, distintos, diferenciadores de los de otras comunidades.

4. No se nos puede escurrir por la cañería de otras preocupaciones, el elemento religioso católico, ya en su época cuestionado por una minoría nacionalista como ANV. El nacionalismo vasco, mejor o peor canalizado en sus días casi exclusivamente por el PNV, conocía las dificultades, pero comprendía que los gritos de redención y de renovación habían partido de hombres de Iglesia o muy relacionados con ella. El PNV, que, casi siempre estuvo sólo en la aventura nacionalista, sabía la gravedad para el País Vasco de otras presencias políticas, que destrozaban su soledad y no le acompañaban en su empeño. De ahí que como trasfondo *Aitzol* valore, aunque no lo diga específicamente, la recuperación nacionalista con ojos políticos peneuvistas, como la reivindicación social con los ojos de STV.

5. Hay que insistir, pues, en el hecho religioso, aquí *católico*, como eje diamantino por donde pasan y en donde confluyen los

fueros vascos de cada una de las provincias hermanas y único rasgo común por donde históricamente habían pasado las instituciones vascas. No se deja de advertir bastante *romanticismo* por parte de *Aitzol* al idealizar —toda idealización deforma la realidad— las instituciones forales vascas, como el ejercicio de su administración en edades pretéritas. Sin duda pensaría, en sana lógica, que primero convenía recuperarlas y después adaptarlas a un Estado moderno para afrontar su presente republicano y el futuro, nuestro presente, donde con ciertas dificultades calzan las Juntas Generales, por ejemplo.

6. *Aitzol*, para no estafar a sus lectores, ni nosotros a los nuestros, destacaba con mayor énfasis el laboreo sufrido del carlismo, tan entrampado con conservar el pasado, por no perder lo propio (fueros, diputaciones forales, lengua...), frente a la tentación liberal —tan atractiva!— de modernidad, de industrialización, de libertades. Que hubo liberales foralistas, ipues no faltaba más!, pero se sometieron en exceso a las modas. Tanto, que no pudieron impedir en 1876 el jaque-mate a los fueros. Que hubo carlistas cavernícolas y retrógrados ¡quién lo va a dudar! Que un Estado teocrático, a finales del XIX con Carlos VII, hubiera sido un desatino y un reculamiento inatural!, pero mientras tanto hubieran santificado con el poder en la mano, lo que, sin tenerlo, ya venían haciendo con acentuados gestos —hasta con la vida misma—, como la lucha por el intrascendente idioma, los diminutos folklores, las pequeñas cosas de estas tierras... Y *Aitzol* esto tenía que recordarlo y subrayarlo”.

Después de la V parte, dedicada por Iñaki Larrañaga al estu-

dio de *Aitzol* como lingüista vasco (págs. 257-290), de nuevo Goñi Galarraga estudia a *Aitzol*, como “*propagandista de la acción social cristiana*”. Dando por olvidado y zanjado, con razón, la apreciación formulada contra él y sus colegas a causa de la tutela paternalista que ejercían sobre los dirigentes solidarios, común a los dirigentes ugetistas, cenetistas y otros, Goñi nos describe, con tino y minuciosidad, el tipo de *propagandista social* que fue *Aitzol*. Pues bien, si el verdadero “arco” es “para” la flecha, un arco sin flecha se convierte en algo inútil y estéril. Y la pluma y el compromiso en la acción en *Aitzol* son la flecha irrenunciable de su arco. Y por seguir con la metáfora, como la meta de la flecha es el blanco, no el vivir acurrucado junto al arco, *Aitzol* pulsa todas las situaciones sociales de Euskal Herria, sobre todo de Guipúzcoa, trazando un magnífico proyecto social vasco. Goñi los reconstruye y cerca y sintetiza en cuatro apartados, entresacados de una atenta lectura de sus cerca de cuatrocientos cincuenta artículos, escritos por *Aitzol* en menos de seis años.

El verdadero mundo social de *Aitzol* estaba siempre delante de él, nunca detrás. Y en él Goñi advierte una auténtica rampa de lanzamiento social cristiano en los rasgos siguientes: fidelidad al propio campo, talante conciliador, distante de polémicas, fibra de luchador. Y como quien escala una montaña, *Aitzol*, afanosamente, pero a la vez, modestamente, como quien construye una casa, *Aitzol*, nos desvela el problema social de Euskal Herria, denunciando al comunismo y socialismo como soluciones vitanadas y aupando al SOV (Sindicato Obrero Vasco), como el cau-

ce más adecuado para el movimiento obrero vasco. Dejar en manos de sindicatos foráneos las reivindicaciones sociales vascas, es para *Aitzol* vivir por delegación.

En suma, cerca de 2.500 páginas que, sin duda, pueden ayudar a tomar conciencia de la realidad de Euskal Herria durante la II República, editadas con dignidad, enmarcadas entre los estudios serios y densos de la talla de la Granja, Olabari, Elorza, Tuñón de Lara, Mina, Solé-Tura, Aranguren Fusi, Extramiana, Jackson, Mugarza, Beltza, Estornés, Ortzi, Larrañaga, Onaindia. Tiempo de espadas aquel de la República, más que época de tulipanes. *Aitzol* camina en medio de toda una cadena de estallidos de rebeldía amortiguada, que la bota opresora de la guerra logró eliminar. Su hambre de libertad y de fe nos dejó la preciosidad de estas “*Obras completas*”, que no podían entrar en el túnel de nuestros bostezos. De ahí nuestro comentario.

F. RODRIGUEZ DE CORO

### El laberinto vasco (Estudios vascos, tomo XII)

Caro Baroja, Julio

San Sebastian. Txertoa, 1984,  
192 págs.

Pocas tentaciones tan fuertes, ayer y hoy, como la de las simplificaciones. Y, sin embargo, pocos caminos llevar más de prisa al error como ellas. Por eso, gran parte de las que se esgrimen como verdades